

RESEÑAS DE LIBROS

EL NIÑO DEL DIBUJO.

Estudio psicoanalítico del grafismo y sus funciones en la construcción temprana del cuerpo.

Autor: *Marisa Rodulfo* *

Editorial: *Paidós, Buenos Aires*

Año: *1992*

Páginas: *160*

Reseñado por: *Myrta Casas de Pereda* **

Se trata de un texto psicoanalítico dedicado por entero al dibujo infantil, lo que lo hace un acontecimiento en el tema. Trabajo que no se limita a consideraciones técnicas, sino que se adentra en los problemas de la constitución subjetiva.

En los primeros capítulos trabaja la figurabilidad como sistema de escritura en relación con el fenómeno onírico, desde el texto freudiano de *La interpretación de los sueños*. Para abundar sobre lo que denomina la autonomía semiótica, revisa obras de M. Klein, de D. Winnicott, de S. Morgenstern, A. Aberastury, F. Tosquelles, F. Dolto, D. Vasse y Sami-Ali.

Como señala María Lucila Pelento en el hermoso prólogo del libro, “esta extensa exposición la provee de herramientas para poder definir en el tercer capítulo al dibujo como suplemento originario”.

* “Marisa Rodulfo, psicoanalista de larga trayectoria, es Coordinadora Docente del Programa de Actualización de Postgrado en Psicoanálisis con Niños y Adolescentes y Profesora Asociada de Clínica de Niños y Adolescentes de la Universidad de Buenos Aires. Estudió pintura con el maestro Demetrio Urruchúa, lo cual incide en la estética que subyace a este texto. Anteriormente ha publicado, en coautoría con Ricardo Rodulfo, *Clínica psicoanalítica con niños y adolescentes: una introducción y Pagos de más.*” Contratapa del libro.

** Esta reseña es una recopilación parcial del texto leído en la presentación del libro realizada en Buenos Aires el 3 de julio de 1992.

En el desarrollo de sus hipótesis a lo largo de los siguientes capítulos -cuarto y quinto- se desprende como esencial su concepción del dibujo como texto y allí articula conceptos de P. Aulagnier y F. Tustin, para pensar en las vicisitudes del trabajo de subjetivación que le permite avanzar en su reflexión respecto al diagnóstico diferencial en la infancia.

La inclusión de numeroso material clínico y gráfico permite al lector adentrarse en diversos aspectos de la patología infantil, abundando especialmente en torno a la **clínica del vacío** que tiene un lugar en el último capítulo del libro.

La autora trabaja con conceptos psicoanalíticos fundamentales que desde diversos esquemas referenciales articula permanentemente en una perspectiva clínica.

Disruptora de una concepción genetista teleológica, al tiempo que profundamente cuidadosa de ese perfil dinámico, constructivo y deconstructivo que el deseo impone, acompaña las articulaciones propias de cada singularidad y se adentra entonces en los elementos de la estructuración psíquica propia de cada niño, constituyéndose ésta en otro mojón importante del libro, como lo es **la formación de la subjetividad** en la égida de las órbitas parentales.

Y en este contexto enfatiza la producción del fantasma en el acto de dibujar ante el otro señalándonos un momento de estructuración psíquica; y en tanto producción, Marisa Rodulfo nos destaca la importancia de no traducir (punto de coincidencia que he enfatizado desde hace muchos años), no coagular un sentido cada vez, sino permitir que esa puesta en escena hable realmente de “la otra escena” y promueva trabajo psíquico.

El dibujo aparece entonces no como repetición del pasado, sino como sustituto originario (retomando los aportes de Sarah Kofman), creación que no existía previamente.

No sería la traducción de un fantasma, sino su sustitución siempre parcial y por ende construcción siempre renovada.

Fiel al rigor freudiano, cuando equipara el dibujo al sueño, subraya el lado esencial de “enigma figural”, como lo denomina la autora. De allí que privilegie entonces, la idea de trabajo del irscondenté, deseo y defensas “guiando la mano del que dibuja”. Creo que es precisamente este aspecto, el de “enigma figural” que le permite a Marisa Rodulfo proponer la autonomía regional de los sistemas semióticos.

La sobredeterminación (que aparentemente se opone a ella) viene en realidad desde el deseo inconsciente y debe contar con esa autonomía del significante -verbal, gestual o gráfico- para permitir la cadena, el trabajo psíquico.

Marisa Rodulfo habla precisamente del dibujo como **suplemento de producción**, donde explicita que el dibujo comparte con otras formas la vehiculización de lo inconsciente, quedando subrayado en esta feliz frase el aspecto productivo, creación, recreación. (En el tercer capítulo, lo figural y lo fonético quedan de allí en más con los mismos derechos).

Por ello creo que esta tarea de reformulación del significante psicoanalítico (en la que me siento comprometida desde hace tiempo), es un punto de gran importancia que atraviesa todo el libro, viejo interés que comparto con Ricardo y Marisa a la distancia, sin haberlo hablado nunca con ellos, lo cual no hace sino subrayar el placer y el alivio de sentirse acompañado en los interrogantes fuertes del psicoanálisis, más allá de las fronteras de países, nacionalidades o instituciones de pertenencia.

Marisa Rodulfo se pelea con el fonocentrismo a lo largo del libro para hacerle un lugar al grafismo y lo figural, y retoma desde los comienzos del psicoanálisis de niños el término de **narración gráfica** de Sophie Morgenstern. Pero también cuida mucho que sus propuestas no rearmen un nuevo eje sustitutivo; jerarquiza en este sentido lo que desde el dibujo aparece como formación del inconsciente, como producción y por lo tanto con un lado de “ombligo”, de no sentido que empuja y

hace hablar al sujeto de deseo.

Aspecto éste que abre a otros problemas como por ejemplo el de pensar el yo infantil, sus funciones, incluida la función de desconocimiento. Si en tanto adultos decimos más porque no sabemos qué decimos, también el niño expresa más en tanto no sabe lo que dibuja, pero la contundencia del trazo en el papel es mucho más asible que el lapsus en el adulto y a diferencia de éste implica trama de subjetivación, organizándose en espacio y tiempo.

Nos dice la autora que “lo figural apunta al trabajo del trazo y a las condiciones de la puesta en visibilidad”, dejando con esto puertas abiertas “para el estatuto metapsicológico no sólo del dibujo sino para el dibujar”. Aquí Marisa Rodulfo, despojada de la polémica para ubicar al dibujo en su lugar de pertenencia psicoanalítica, introduce lo que considero son aportes fuertes. Insta al analista a deshacerse de la **buena forma** de las imposiciones convencionales sobre lo visual y la imagen para poder llevar a cabo un análisis y nos sitúa en las dificultades de ese lugar que debe propender y sostener la figuración junto a la desfiguración y la transfiguración.

Al apuntar hacia el trabajo del trazo entiendo que apunta hacia el trabajo del inconsciente y allí realiza tres propuestas aforísticas: “ceñirse a las repeticiones y transformaciones en una zona”, “la consideración cuidadosa de ciertas invariantes formales”, a lo que agrega: “los colores, las luminosidades, las gradaciones en las intensidades cromáticas”.

Estos son indudables aportes para una mayor capacitación analítica, y creo que esto debemos unirlo con lo que propone más adelante vinculado al diagnóstico y a la subjetivación, donde jerarquiza no sólo contenido, expresividad o fallas, sino esencialmente itinerario: secuencia espacial, secuencia temporal.

Vía abierta para que la transferencia, el psicoanálisis “incida de un modo decisivo como factor desencadenante” -dice Marisa Rodulfo- para el posible cambio psíquico, la modificación del conflicto.

También quedan replanteados para proseguir una posible sistematización, los problemas del signo (lo universal) y del símbolo (lo personal), para el psicoanálisis, ahora a través de las grafías, trazo o dibujo.

Este es un punto de indudable interés y vigencia en las preocupaciones actuales del psicoanálisis. Creo que aquí la autora reclama para el dibujo y lo figural, el mismo recorte semiótico que J. Austin realizara para la lingüística. Me refiero a que precisamente la autora se desprende de la función expresiva del dibujo (o la redimensiona) del mismo modo que J. Austin, por ejemplo subvierte la función comunicativa del lenguaje.

Y entiendo que a la par que el discurso verbal se vuelve texto (que se produce en la *frontera* entre dos *sujetos como* señaló Bajtin), el dibujo y lo figural adquieren, gracias a la rigurosa propuesta de la autora, un lugar de pertenencia en la escritura de un texto.

Es probable entonces que en este abarcado semiótico, movimiento (gesto y juego), palabra y grafía, se den los componentes polivalentes y polimorfos del discurso infantil.

Marisa Rodulfo, artesana fina de la argamasa de lo inconsciente “lee”, capta, captura en el dibujo según las leyes del inconsciente, condensaciones, desplazamientos, metonimias y metáforas, transformación en lo contrario, verdadera pesquisa de la subjetivación en acto de realización. Reconociendo la importancia de las leyes figurales para organizar sentidos, calibra atentamente el llenado de espacios en el tiempo, es decir, la organización de las series.

Esta importancia del espacio y del tiempo, Marisa Rodulfo la recorre en la diacronía de los sucesivos encuentros transferenciales y se le arma como sentido a explicitar en un a posteriori fecundo, en el espacio-tiempo entre una y otra figuración, decantado de lo figural, insinuando la trama compleja que incluye la transformación.

Si como relata Marisa Rodulfo del niño del dibujo, “sean las manos para inventar objetos, sean las piernas para inventar caminos”, ella con su libro inventa, crea vías facilitadas para aprehender a un ser en plena estructuración como lo es el niño. Pues, como dice en su última frase, “el niño del dibujo no habita un solo espacio”.

ENCUENTRO CON LA PSICOSIS

INFANTIL

Autores: *Lizardo Valdez, Lydia Chango*

Silvia Pereira

Editorial: *Eppal , Montevideo*

Año: *1991*

Páginas: *162*

Reseñado por: *Mercedes Freire de Garbarino*

Comentar o hablar sobre este libro es hablar sobre el Centro 231. El libro es el Centro 231. Porque el 231,0 la *formación* de él fue el Encuentro con la psicosis infantil.

De la lectura de este libro se pueden extraer dos cosas: por un lado la historia de este Centro y segundo, diversas conclusiones teóricas y postulados clínicos o técnicos para el manejo de estos niños.

Los aspectos teóricos y clínicos surgen, o tal vez sería más correcto decir se imponen, por efecto de la historia del 231.

Es muy interesante cómo muestran la interrelación entre ambas cosas. Nos llevan por el recorrido hecho por los técnicos, que los lleva a ellos a encontrarse con la psicosis infantil y al mismo tiempo aspectos de su teoría y los modos de manejo, de comprensión y técnicas terapéuticas emergiendo como algo natural en este recorrido.

La historia se cuenta desde el punto de vista formal; es decir, el proyecto, el empezar a trabajar, las inclusiones de nuevas técnicas, etc. Pero lo más importante es lo vivencial.

En este libro los diferentes docentes y personal no docente van describiendo en forma muy directa y sincera las vivencias, la forma cómo iban sintiendo la tarea y los obstáculos que se les van presentando; En este sentido hay que destacar la labor de las fundadoras de la *que* se le llamó escuela y que luego fue el Centro.

No cabe duda que ellas dieron la base de esta actitud tan sana frente a la tarea. Fueron la Directora e Inspectora del Centro: Lydia Chango y Silvia Pereira, sobre todo esta última.

Me parece excelente el capítulo VII, lo mismo que el XI escrito por las dos. Vemos en estos capítulos la forma cómo ellas tuvieron que cambiar de modalidad de trabajo y esto fue justamente porque con una actitud muy adecuada e inteligente fueron, precisamente, al “Encuentro de la psicosis infantil”.

Fue esa actitud tan plástica, tan flexible, lo que les permitió romper esquemas pedagógicos y confesarse, sobre todo al inicio, la impotencia frente a situaciones tan fuera de lo cotidiano que presenta este tipo de patología infantil. Esta postura, como el texto lo dice, posibilita la creación. Estoy totalmente de acuerdo que el trabajo con psicóticos provoca, “hace” al ser humano más creador.

Pienso que esta posibilidad es lo que permite que se pueda trabajar con alegría y satisfacción con este tipo de enfermos. La psicosis y la creación están muy cerca.

Destacan los autores, cosa que me parece muy importante, que las dificultades no son sólo del inicio, sino que es lo característico, lo que se tiene que dar para que este tipo de institución sea tal; así parece ser que lo asumen en general con mucha honestidad.

Muy interesante la imagen metafórica de la institución, como cáscara. Ellos la emplean cuando describen el inicio de la tarea y la llaman “débil cascarita”.

La institución de este tipo es realmente una cáscara, un continente de la locura. Continente en cuanto le permiten por ejemplo aprender aritmética, ciencias naturales, etc., a través del almuerzo o el acto de comer, o el autito en el momento en que es el único contacto con el mundo. Continente, en cuanto le aceptan un tiempo, un espacio, un discurso que no es el cotidiano. Y este sumergirse con ellos en lo no cotidiano, les permite a los técnicos desarrollar su capacidad creativa. Dicen: “Los que trabajan con psicóticos son creadores de recursos”.

Claro que para lograr esto (y el libro lo dice), es necesario dejarse llevar por los

niños y sin miedo a la locura.

Repito una frase del libro: "... la tarea exige una estabilidad en la oferta vincular", lo que requiere un darse más profundo.

Se habla del encierro del psicótico y creo que es al revés; ellos tienen un código diferente y somos nosotros que estamos encerrados en la cotidianidad y no los comprendemos, para tal cosa se necesita darse más profundo o diferente. Implica (y repito otra frase del libro), "... guiar sin dejar sentir demasiado, nuestra presencia. Es necesario romper nuestro esquema de vivir cotidiano para comprender lo que nos dicen, lo qué y cómo lo sienten.

Los vínculos entre las diferentes personas que forman el equipo es sumamente importante. Y sí bien el tema está abordado a lo largo del libro, en el capítulo VII donde se muestra a través de dos funciones: la Dirección y la Inspección, con más claridad. Ambas técnicas relatan cómo tuvieron que transitar desde esquemas pedagógicos que tal vez son adecuados para las escuelas en general, hacia lo que era necesario para el Centro.

La Dirección, si bien implica organizar, dirigir y responsabilizarse de la marcha global de la institución, además se constituye en el continente del personal docente y administrativo.

La Inspección tuvo que "inventar" (por así decirlo), formas de evaluación de las tareas del personal, de las actividades tan cambiantes y dinámicas a las que obligan este tipo de pacientes.

Y por último, lo que surge como eje o centro de toda la actividad: el lugar de encuentro (a veces de desencuentro), del personal en su totalidad. Reunión en la cual el Coordinador (como lo dice el propio Coordinador, Dr. Lizardo Valdez en el libro), con mirada psicoanalítica trata de: anteponer a la tarea, un clima de continencia para la discusión". Yo agregaría una escucha también psicoanalítica para señalar, cuando sea necesario, una invasión de la locura que a veces se da en el personal técnico. Esto implica una postura de objetividad y al mismo tiempo un compromiso con la institución, que por otra parte, es exigida por los componentes

de la misma.

El libro nos describe la variedad de actividades que realizan. Es la forma en que se busca por diferentes caminos que se le ofrecen a estos niños para encontrar su entrada al mundo de lo compartido. Son además, formas de considerar los diferentes aspectos del ser humano: el cuerpo y sus funciones, las palabras, la música, lo pedagógico etc., incluyendo también el entorno, es decir los aspectos familiares y sociales a través de grupos de orientación o psicoterapéuticos. Constituyendo cada actividad un acto psicoterapéutico.

ADOLESCENCIA II.

Autores: Mercedes F. de Garbarino, Irene Maggi de Macedo.

Editorial: Roca Viva, Montevideo

Año:1992

Páginas: 144

Reseñado por: Mireya Frioni de Ortega

Las autoras son conocidas en nuestro medio por su especialización en el tema y por numerosos trabajos realizados sobre el mismo. (En el tomo IV de nuestra Revista, en 1962, apareció el primer artículo de Mercedes Garbarino sobre adolescencia).

En este texto transmiten su inquietud de interrogarse constantemente, de modificar teorías que creían inmodificables, planteándose incluso nuevas teorizaciones.

Esta nueva obra plantea, a partir de la praxis con adolescentes, diversos temas que van desde qué entienden por lo normal y lo patológico hasta los aportes de diferentes teorías sobre la adolescencia; la crisis de la adolescencia; la peculiaridad del abordaje terapéutico de la misma y el lugar del terapeuta en el tratamiento. Describen también la crisis de los padres como reflejo de la crisis de los hijos. Tratan además la comprensión del adolescente desde la atención grupal, los embarazos dentro de esta edad y -por último-las conductas alimentarias.

Los puntos de vista teóricos son ilustrados con un rico material clínico.

A través de los distintos capítulos muestran cómo entienden a la adolescencia: como una crisis narcisista en la que el yo queda desprovisto de carga en forma momentánea. Ello produce una regresión al narcisismo del ser. A consecuencia de la crisis el yo se desdibuja, lo que implica una pérdida de identidad, de límites del cuerpo.

Conciben la crisis como una fractura que los lleva al “punto cero”, punto fácilmente reversible que lo diferencia de la estructura psicótica.

Las autoras comparten las ideas del Dr. Héctor Garbarino, con quien son

coautoras de un trabajo sobre el ser en la adolescencia. Garbarino -citado en esta obra- postula que en su origen, el ser es un polo existencial fuera del aparato, siendo el ello el polo pulsional del mismo.

En esta teoría, el adolescente se instalaría por momentos en el ser cósmico, donde se pierden los límites entre el ser y el no ser. Adquiere así las características propias del narcisismo del ser. Se instala en un tiempo y espacio que no son los cotidianos, pero teniendo la posibilidad de volver a los mismos -regido por el yo instancia- lo que hace al cuadro no patológico.

Consideran como eje de la crisis de adolescencia la pérdida del cuerpo-yo y la consecuencia que la misma tiene en relación a los ideales del yo y del superyo.

Quiero destacar, para terminar, un fragmento donde está resumido de un modo feliz la posición de las autoras en relación al papel del terapeuta de adolescentes:

“El vínculo terapéutico se establece no para elaborar los vínculos con *las figuras* parentales sino para lograr su adecuada disolución, lo que *lleva implícita la* tarea de elaborar la separación y, lo que es más importante, *reestructurar el yo* en forma diferente al yo infantil.”

**MÁS ALLÁ DE UN TRASTORNO
DEL RECUERDO**

Autor: *Bernard Penot*

Revista: *Revue Française de Psychanalyse, N° 4*

Fecha: 1986

Reseñado por: *Raquel Morató de Neme*

De acuerdo a este autor el concepto de *verleunung* (renegación, desmentida) en Freud a partir de los trabajos de los años 23 y 25, no pudo ser integrado en forma clara en el conjunto de su metapsicología en relación al concepto de represión.

Después de la guerra y especialmente en EE.UU. con el término de *denyal* se incluyó en este concepto tres tipos de defensa: retracción de investimento más o menos masivo, ignorancia de algo (especialmente en el niño varón) o negación total, anulación escotomización.

Es en un intento de seguir los rastros del concepto de *Verleunung* en Freud que Penot toma su carta a Romain Rolland cuando tiene 80 años en el que Freud intenta desmontar este mecanismo de defensa.

En esta carta Freud relata una experiencia que tuvo 32 años antes en compañía de su hermano, “experiencia de extrañeza” frente al Acrópolis. Freud asocia esta experiencia a un sentimiento de pudor frente a todo lo visto con su hermano en este viaje unos días antes en la ciudad de Trieste.

Ambos sentimientos para Freud tienen un valor sintomático.

La vivencia de Trieste implica ya un sentimiento de incredulidad al que Freud le atribuye una tentativa de rechazar una parte de la realidad. Pero, ¿por qué incredulidad frente a una situación de placer? Además se trata de un placer en relación a un ideal del yo de hace muchos años que era el interés por los griegos en el liceo.

Utiliza la frase inglesa de *Too good to be true*, que implica que es algo no merecido y de esta forma lo asocia a un sentimiento de culpabilidad e inferioridad. De

esta manera surge el superyó castigando este sentimiento de placer transformándose un conflicto entre instancias supeiyocas y la renegación; ya no se trata de una realidad exterior sino de una realidad psíquica. En otras palabras este sentimiento de incredulidad, de extrañeza, revelaría una satisfacción del yo conforme al ideal pero prohibida por el superyó.

¿Cuál sería la razón de esta prohibición?

Nuevamente Freud se pregunta el por qué del sentimiento de pudor en Trieste frente a la inminencia del viaje a Atenas. ¿Por qué la satisfacción de ir tan lejos se une a un sentimiento de culpabilidad? Habría algo de “incorrecto” o de prohibido respecto al padre.

De acuerdo a esto, la vivencia de extrañeza frente al Acrópolis y el rechazo de la realidad que se despliega, en último análisis está en relación a mantener la alianza con un representante paterno.

Tanto el padre como el abuelo de Freud habían sido educados en la tradición judía. Las crónicas bíblicas mostraban cómo todo lo helénico constituía durante siglos el enemigo de la identidad judía. (Macabeos, 11, 6)

¿No provocarían estas dos alianzas contradictorias pero necesarias para el narcisismo de Freud un clivaje en el yo?

Decir no al Acrópolis implicaría dejar de lado una parte esencial del capital cultural y espiritual de Freud mientras que sentirse entusiasmado por lograr algo deseado desde su adolescencia sería rechazar algo de su alianza paterna. Se siente incapaz de decir que no tanto a ser griego como a ser judío. Se necesita de una defensa más radical ya que está puesta en juego la existencia misma del sujeto. La *verlebung* que implica un clivaje en el yo y una renegación tanto de la realidad psíquica como de la realidad externa cumpliría con este requisito.

¿LA PSICOSIS SUBJETIVADA?

Autor: *Bernard Penot*

Revista: *Adolescence, T.IX, N° 2*

Fecha: *1991*

Reseñado por: *Raquel Morató de Neme*

El título de psicosis subjetivada parece paradójico ya que el concepto de psicosis evoca el de alienación y no justamente de apropiación subjetiva. El autor se pregunta si no sería mejor el título de psicosis desalienada.

Sin embargo la meta del tratamiento de los psicóticos sería sin lugar a dudas el de la subjetivación.

Dentro del término psicosis se encontrarían dos tipos de fenómenos: el delirio, al que se pueden sumar alucinaciones y las conductas de desrealización. Ambos fenómenos muestran que el vínculo del sujeto con la realidad se encuentra perturbado.

Freud caracteriza el delirio como “un parche donde inicialmente se encontraba una falla”. Esta falla estaba en relación a algo abolido simbólicamente por el sujeto y por medio del delirio intentaba integrar una ligazón psíquica deficiente.

Dos cosas importantes a señalar es que se trataba de una laguna en materia de simbolización y que este defecto de ligazón psíquica no sólo tenía que ver con el sujeto sino también con el medio familiar. Habría así una dificultad de conceptualización de una generación a otra vivenciándose en la práctica como una vivencia de tipo traumático a través de los mensajes maternos.

A continuación Penot ejemplifica esta postura por medio de Paul, un paciente de 14 años con el delirio de que él es Ivan Rebrov. Se trata de un cantante de canciones rusas vestido a la usanza de un campesino ruso. La aparición del delirio había surgido poco después que Paul hubiera festejado su Bar-Mitzvah.

La madre judía había nacido poco antes de comenzar la guerra, y se había

salvado en tanto fue criada en el campo por una familia católica. Al terminar la guerra se enteró que su padre y todos los hombres de su familia habían muerto. Se casó con un compañero de escuela “indiferente a la cuestión judía”.

A través de una encuesta familiar hecha por Penot resultó que el bisabuelo materno de Paul en fiestas cantaba canciones rusas de la época y por otro lado el abuelo paterno también cantaba operetas francesas. El personaje de cantante de Paul retomaba un atributo característico de dos de sus antecesores pero ¿por qué en forma de delirio? Es como si Paul hubiera encontrado aquí una condensación entre dos mundos muy alejados uno del otro en un comienzo “indiferentes” como decía el propio padre de Paul. Es decir una desmentida mutua de significaciones y de valor (*Verleugnung* freudiana).

El problema se centraba en una disociación de la vida fantasmática de la madre de Paul. Por un lado el intento de reasegurar su identidad judía al festejar la Bar-Mitzva de Paul y por otro lado elegir un marido al que descalificaba constantemente “desinteresado por los problemas judíos”.

Es significativo que a la que más le molestaba el personaje de Rebrov era a la madre, quien rompía todos los discos del cantante y le hacía prometer a su hijo sobre la Torah que no los compraría más. El padre tenía frente a esto una actitud conciliatoria que tampoco era efectiva ya que Paul los volvía a comprar.

El tratamiento de Paul duró varios años.

El punto central es que la acción terapéutica que se realiza con este tipo de pacientes es el de una suspensión de la atribución en el doble sentido del término: atribución de cualidad (bueno-malo) y atribución a un supuesto sujeto. Esta suspensión del juicio de atribución se realiza en tres registros en forma simultánea:

1. Se trató de establecer con Paul una relación amistosa permitiendo que su delirio poco a poco se convirtiera en objeto de una transacción, al modo de objeto transicional de Winnicott entre el sujeto naciente y el entorno primario.

2. Trabajando con la familia tratando de encontrar en su discurso las fallas, líneas de fractura traumática que son la condición de la irrupción del delirio.

3. El equipo terapéutico que va a funcionar como receptáculo de la problemática intersubjetiva que tiene el paciente en esta posición alienada que supone en ellos mismos un trabajo de subjetivación que haya resultado defectuoso en el entorno primario del paciente.